

INFANCIAS

Tiempos y espacios con sentidos y trascendencias

Silvia López de Maturana

Editora y compiladora

Claudio Parra

Coordinador



Nueva
Mirada
EDICIONES


Universidad
Andrés Bello®

INFANCIAS

Tiempos y Espacios con
Sentidos y Trascendencias

Silvia López de Maturana
Editora y compiladora

Claudio Parra
Coordinador

Nueva
Mirada
EDICIONES



PRÓLOGO

El niño y la educación

Philippe Meirieu

EL NIÑO DEBE APRENDERLO TODO

El niño viene al mundo totalmente desposeído, rico con un potencial infinito pero incapaz de sobrevivir solo, o incluso redescubrir los gestos básicos de su familia humana. Un gatito que es separado de su madre al nacer todavía sabrá limpiarse solo. Un niño sin un ambiente educativo, si sobrevive con ayuda material, no sabrá nada de lo que hace a un ser humano ser lo que es. Entonces, si el ser humano se caracteriza por poder aprender, es que debe aprenderlo todo. Su herencia genética es fabulosa pero no está estabilizada. Esto es lo que le da su educabilidad: el niño es simplemente educable. Sólo unas pocas características físicas básicas se fijan al nacer; y todo dependerá de la educación que reciba y, posteriormente, de las decisiones que tome libremente.

De ahí nuestra doble responsabilidad hacia el niño: debemos transmitirle los códigos que le permitirán entrar e integrarse en la casa que lo acoge y, al mismo tiempo, ayudarlo a encontrar la voluntad y el coraje necesarios para “hacerlo según su propia obra”, como decía Pestalozzi (1746-1827). Esta doble responsabilidad puede parecer contradictoria ya que debemos, al mismo tiempo, inculcar y liberar, domesticar y emancipar, encajar en un contexto social determinado y permitir que sea subvertido. Pero la contradicción surge cuando pensamos la educación en la temporalidad, cuando reconectamos con la definición histórica del docente: aquel que acompaña, que ayuda a hacer el camino de la dependencia a la autonomía.

¡IMPOSIBLE PASAR A LA FUERZA!

Nuestra responsabilidad educativa es, por tanto, grande en términos de transmisión cultural. ¿Pero deberíamos transmitir a la fuerza? ¿Debemos imponer saberes u obras mediante la violencia o el condiciona-

miento? Obviamente no. Porque, como ocurre con las reglas sociales, terminaríamos con el resultado opuesto al deseado. Todo el mundo sabe que la anorexia no se puede curar mediante la alimentación forzada: obligando a comer a alguien que ha decidido dejar de comer, no se puede reforzar su determinación. Lo mismo ocurre en materia cultural y académica: hay anorexias académicas como anorexias mentales. Y, frente a ambos, debemos conseguir que el otro descubra o redescubra el deseo de comer, de aprender, de cultivarse. Porque es este deseo el que opera. Es él quien realmente te hace crecer permitiendo una verdadera asimilación.

Sin embargo, con demasiada frecuencia, ante dificultades o rechazos en términos de transmisión cultural, nos vemos tentados a rendirnos... o a seguir adelante por la fuerza. En este caso, a veces comienza una pulseada que casualmente ganamos -cuando, siguiendo nuestro consejo, nuestro hijo o nuestra hija abandona una serie de televisión para sumergirse en Pitágoras o Maupassant-, pero que, la mayoría de las veces sólo produce una fachada de sumisión: el niño o adolescente cede por complacernos o porque no puede hacer otra cosa, pero en cuanto le damos la espalda, vuelve a sus actitudes anteriores, vuelve a la tranquilidad. Cuando pensamos que hemos ganado, en realidad hemos perdido... hemos perdido el tiempo, hemos perdido la cara. Y, sobre todo, perdimos nuestro crédito.

LA EDUCACIÓN ES UN LLAMADO A LA LIBERTAD

Esto se debe a que la educación, ya se trate de la construcción de las reglas de la vida social o de la transmisión de obras culturales, presupone un compromiso progresivo por parte del niño. Educar a alguien no es hacer un objeto. Significa apoyar el surgimiento de la libertad. Ciertamente, el educador debe estar impulsado por el deseo de “alimentar”¹ a los demás lo mejor posible y en todos los ámbitos, para ayudarlos a integrarse en un colectivo armonioso, para permitirles comprender el mundo y renovarlo... Pero el imperativo, el deber de “alimentar” al niño nunca puede eximirlo del metabolismo mediante el cual se apropia de lo que le ha sido traído para “hacer su propio trabajo”.

1. Es el psiquiatra y psicoanalista infantil Philippe Jeammet quien precisamente subraya esta función fundamental de la educación. Véase: *Para nuestros adolescentes, seamos adultos* (2008). Odile Jacob.

Y aquí es donde se experimenta la opción de educar²: en el deseo de dar sin destinar a la piadosa conservación, y en la determinación de ofrecer sin legislar sobre el uso del don. Más aún, invitando a otros a incorporar y transformar lo que les transmitimos para crearse y renovar el mundo...

Hay aquí algo extraño y difícil de comprender que dinamita todas nuestras representaciones tradicionales: no se trata de dar primero, a seres pasivos, obligados a recibir... y a quienes invitaríamos después a “hacerse cargo de sí” para finalmente alcanzar la libertad. Es una forma de dar que coloca al receptor en condiciones de invertir lo que se le da, de hacerlo suyo por su forma de entenderlo, de relacionarlo con las preguntas que se plantea o las preocupaciones que lo habitan. Se trata de transmitir estando atentos a lo que resuena en el niño, a quien lo pone en movimiento, a lo que podrá quitarnos para utilizar sin nosotros. Educar es convertir al niño en un cazador.

Existía en Nepal una antigua práctica sobre la que deberíamos meditar: los adultos experimentados se reunían periódicamente, por la noche, alrededor del fuego, para transmitir los conocimientos y las técnicas que habían adquirido y que consideraban importantes. No sólo se excluyó a los niños de estas reuniones, sino que se colocaron guardias armados con rostros inquietantes alrededor para impedir que se acercaran. La artimaña funcionó con astutas estratagemas, pero los niños lograron evadir la vigilancia de los guardias y tomar parte de este precioso conocimiento que les estaba oculto. Entonces los niños lo tomaron y aprendieron. Así, los adultos, lúcidos y astutos, sin quererlo, les permitieron adquirir conocimientos. Así se dio la educación...

Entonces ¿qué es un niño? Un ser al que debemos darle las ganas de aprender y crecer. Un ser al que debemos darle los medios para construirse. Un ser al que debemos aportar lo mejor de nosotros mismos. Para que haga lo mejor de sí mismo y contribuya a hacer, mañana, un mundo mejor que el que dejamos atrás.

2. Véase mi trabajo sobre este tema: *La elección de educar* (1991, 2007)). Editorial FSE.